

# EL MOTÍN



Año XLI

Madrid, Sábado 11 de Junio de 1921.

Número 24.

## EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL

SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestres, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

## En serio y en broma

Juzgándome desapasionadamente, acaso yo no resultara un hombre progresivo. Tengo una porción de ideas fosilizadas en el cerebro. Y si el progreso no es renovación ¿qué es?

Entre ellas figuran las siguientes:

«El hombre político, milite en el campo que quiera, debe aspirar al bien colectivo, inspirando siempre sus actos en la justicia.»

«El hombre que utiliza su influencia política para medrar, es siempre bajo una base de inmoralidad manifiesta: si es justo lo que pide, porque no debe cobrar el servicio; y si no lo es, porque no debe pedirlo.»

«Todo el que explota las ideas políticas no las profesa honradamente, como no ama a la mujer el hombre que le saca dinero. Son prostituciones gemelas.»

Con estas ideas y otras parecidas llené de joven el departamento político de mi cerebro, sin dejar espacio donde colocar las que más tarde adquiriera; y por esta torpeza, ó falta de previsión me encuentro hoy sin saber dónde almacenar otras más prácticas, y por consiguiente, más en moda.

Y digo esto, para que me disculpen los que adviertan que casi todas las ideas que expongo ahora son del corte de las ya dichas, mandadas recoger por anticuadas, y se expliquen a la vez por qué no abordo ciertos temas de actualidad, que no domino ni estoy ya para estudiarlos.

Esto sin contar con que me hallo completamente de acuerdo con un párrafo de un notable artículo publicado

hace días en *El Liberal* por Alvaro de Albornoz, titulado *De la decadencia de España*.—*Cansancio, agotamiento, vejez*, en el que atribuye los males de nuestra patria a que ha estado gobernada por vejestorios desde la restauración acá. El párrafo es este:

«Con los años, los cerebros más potentes disminuyen en visión y en comprensibilidad. Los entendimientos más ágiles se vuelven lentos y torpes, y estériles las facultades más creadoras y fecundas. Llegamos a un momento en la vida en que los espíritus más fuertes y libres de prejuicios son incapaces de comprender lo nuevo.»

Y considerando que experimento ya algunos de los efectos señalados en ese párrafo (aunque mis amigos intenten hacerme creer lo contrario) rehuyo hablar de lo que no entiendo, sin esforzarme por aparentar fortalezas de entendimiento que han desaparecido, como tantas otras físicas.

¿Que pecho de jactancioso al suponer que tengo derecho a crearme incluido en el párrafo transcrito? Lo sé; mas conste que no lo he copiado con esa intención, sino para decirme:

«Si a los privilegiados en inteligencia les ocurre eso a la vejez ¿en qué deplorable estado de imbecilidad no estarás próximo a caer tú, si es que no has caído ya?»

Y principalmente, para decirles a mis lectores:

«Si no tuviera necesidad absoluta de seguir con *EL MOTÍN*, hace algún tiempo que hubiera dejado de publicarlo, por no satisfacerme lo que escribo, y por miedo a aburrirlos a ustedes. Pero como no puedo prescindir de él, ofrezco a los que continúan tan indulgentes como hasta aquí con mis deficiencias intelectuales, procedan de *cansancio ó de agotamiento*, amenizar cuanto pueda todos los números, para que se olviden siquiera un par de horas cada semana de las tristes realidades que amargan y entenebrece hoy la vida de los españoles.»

JOSÉ NAKENS

## LA SECULARIZACIÓN DEL PURGATORIO

El espíritu reformista de la época presente, ha me sugerido la idea de meterme a reformador y de exponer un plan rentístico, que juzgo de fácil realización y de positivos resultados.

Hay que todo se alambica y que hasta los individuos de la raza canina contribuyen al sostenimiento de las cargas públicas, produce en mí justificado asombro que haya pasado inadvertido para nues-

tros hacendistas el pensamiento de secularizar el Purgatorio.

En cien millones de reales diarios próximamente calcula un curioso investigador los rendimientos que produce en todo el orbe católico.

Secularizado el Purgatorio y entregada su administración a los ayuntamientos, éstos contarían con un ingreso que les permitiría rebajar ó suprimir algunos otros arbitrios.

La cosa es sencilla y hacendera; bastaría con que en las oficinas municipales se recibieran los encargos y se cobraran las demandas de sufragios, y que éstos fueran prestados mediante una retribución médica, en armonía con el trabajo, por presbíteros a sueldo que tomarían los ayuntamientos, según su importancia ó el número de encargos que recibieran.

¿Que había muchos sufragios? Se contrataban muchos curas; ¿que eran pocos? Se disminuía el personal.

Los rendimientos del culto en este caso serían provechosos a los mismos que los costearán, y no se emplearían, como al presente, en cosas que ni lucen ni aprovechan.

En Madrid, por ejemplo, habría para pagar uno de los más importantes servicios: el de limpiezas, riegos é incendios, permitiendo esto hacer economías en otros impuestos que afectasen a las clases proletarias; todo, por supuesto, sin que el culto se resentiera lo más mínimo.

Los detalles para el planteamiento de este proyecto, la forma en que la administración de las ánimas del Purgatorio habría de hacerse, serían objeto de una ley orgánica.

## RECORTE

Las órdenes religiosas, como tantas veces hemos dicho, son antihumanas. Perturban la paz de las familias, rompen los vínculos entre padres é hijos, fomentan el mayor de los egoísmos, privan a la patria de seres que tal vez la levantarán del abismo á que la precipitaron desastrosas guerras. Viven sobre el país: nada producen.

El trabajo es condición de vida para nuestra especie. Es criminal el que lo rehuye, y los conventos no son sino centros y focos de holganza. En nombre de la humanidad hay que suprimirlos.

F. PI Y MARGALL

## Cine clerical

### EL GRAN DIA

—Vamos, señá Eulalia, que ayer iba usted por la calle de Alcalá más hueca que una alcachofa.

—Yo lo creo; y mis motivos tenía



para ello. ¿No reparó usted que hermosa estaba mi Julia?

—Ya lo creo; es que el traje de primera comunión favorece mucho á las niñas.

—Sí, todo lo que usted quiera; pero es que mi Julia es muy guapa.

—Por algo se parece á usted.

—Usted siempre tan amable, señá Lola.

—¿Y adonde iban ustedes?

—Íbamos á casa de Burriana que es el fotógrafo de moda para estos casos. Por allí desfila todo lo mejor de Madrid: hay una de coches á la puerta que espanta.

—Parece mentira que en estas cosas tan serias de la religión se haga caso de estas bobadas y majaderías.

—Son costumbres...

—Son malas costumbres que de modo alguno pueden agradar á Dios.

—¡Es un día tan grande para las niñas!

—Sí, y lo celebran ustedes con lujo, visiteo, comilonas, retratos, dulces, teatros y andando todo el día de acá para allá.

—Señora, por la mañana ya se ha dado á la religión lo suyo. Misa con órgano, la comunión que la dió el señor obispo y una plática del P. Sobón que las lágrimas se me venían á los ojos. Y eche usted lujo, y sombreros, y unas niñas preciosas como ángeles, buenos trajes de seda, buenos velos de nupis, zapatos de raso, guantes, coronas de flores, en fin, que aquello parecía un paraíso.

—Sí, bambolla y superficialidades, y nada más. De lo que aquello representa y significa, ni los padres, ni los hijos se acuerdan una palabra. Pregunte usted á su hija Julia qué significa aquella hostia que hoy se ha tragado.

—Pues Dios, Cristo hecho carne y lo mismo que está en los cielos: eso lo sabe cualquier cristiano.

—Pero no esos pobres chicos que comulgan por primera vez. Ellos sólo se fijan en los trajes, en las velas, coronas, lazos, pelo rizado, en las golosinas que les darán, en el ajeteo de visitar amigos y parientes. De Dios, de Cristo, ni saben una palabra, ni han pensado en ello.

—Sí, todo lo que usted quiera, pero es un gran día para ellos.

—Ya lo creo, y tan gran día. Se acuestan rendidos, ajetreados, molidos, y al día siguiente ya no se acuerdan más de tal primera comunión. La inmensa mayoría ya no toman otra, ni vuelven á poner más los pies en la iglesia.

—Hija, así lo hemos visto hacer, y así lo hacemos.

—Sí, rutina, todo rutina, como todo lo que hacen los católicos.

FRAY GERUNDIO

## CUENTO VIEJO

### EL HIJO DEL MILAGRO

El tren corría rápido con dirección á Francia. En un coche de primera y elegantemente ataviadas, marchaban dos damas, una de 25 años y otra de 60.

Los viajes invitan á la confianza, y nuestras dos viajeras—al fin mujeres—pronto entraron en interesante conversacion.

—¿Va usted á París, señora?—preguntó la joven.

—No; voy á Lourdes.

—¿A Lourdes? ¡Qué coincidencia! Yo también voy á Lourdes. ¿Espera usted algún milagro de la Virgen, verdad?

—Sí, señora. Hace cinco años que padezco horriblemente de dolores de reuma, he consultado prestigiosas eminencias facultativas, y nada: la medicina no acierta á curarme. Voy, pues, sólo confiada en las aguas de Lourdes para sanar mis dolencias. ¡La suma de dinero el gastado con los médicos! Si me cura la santa Virgen, le donaré tres mil duros para el culto. Esto será mejor que gastarlo en potingues; ¿no le parece?

—Estoy muy conforme, señora; yo también, como usted, vengo en busca de un milagro de la fuente divina. Soy casada ya seis años: mi esposo es inmensamente rico, y querríamos, como es natural, un hijo para que nos heredase. Como usted, también he consultado grandes y notables eminencias médicas. Baños, cambios de aires, paseos, aguas medicinales... ¡Qué sé yo... qué sé yo!... Total; que lo que usted ha dicho; mucho dinero para nada. Ahora sólo confiamos en la Virgen y, si me hace el milagro de que yo tenga un hijo, le compraremos un magnífico manto de tisú de oro y perlería.

Un pasado dos años. En una plaza de la capital barcelonesa para un tranvía. Entre otras personas, se encuentran casualmente aquellas dos señoras que marcharon juntas en busca de un milagro.

Las dos se miran, como queriendo recordar dónde se han visto antes. Por fin, la joven dice á la anciana:

—Dispense, señora. Creo conocerla y no recuerdo de donde.

La señora vieja se cala sus antiparras y mira á la interlocutora.

—¡Calle!... Si, sí... ¡la mismal! ¿No fué usted á Lourdes hace próximamente dos años?

—Sí, señora. ¿Usted es la viajera que padece de reuma?...

—Y usted la que buscaba el hijo, debido al milagro de la santa Virgen...

—Diga, diga: ¿curó del reuma que la aquejaba, señora?

—Diré á usted: curar del todo, no. Pero es indudable que, aunque á mí no me lo parezca, estoy mucho más aliviada. Los dolores, debido á mí fi, no son tan fuertes; por lo cual cumplí mi promesa y doné los tres mil duros: ¡ya lo creo! ¡No falta más! Los médicos no sirven para maldecir la cosa; para maldecir la cosa... y usted ¿tiene ya un hijo?...

—Le diré: sí y no.

—¿Cómo? ¿Cómo es eso?

—Pues verá. Cuando llegué á mi casa, de regreso de mi viaje, me creía cambiada, próxima á ser madre... En la casa hacía falta, mucha falta, un heredero... Y por fin ¡ya le tenemos! Un niño rubio, angelical, precioso...

—¡Oh, bendita la Virgen! ¿Qué dirán ahora los incrédulos?

—Espere, espere, señora, no he terminado; ese hijo, ese hijo... no es mío... lo ha dado á luz... ¡mi hermana la soltera!

MARIA MARIN

Barcelona.

## El trabajo intelectual

Los obreros creen que los trabajos intelectuales no fatigan, y dicen de los que escriben, encogiéndose de hombros significativamente: «No hacen nada en todo el día. Nosotros sí que ganamos el pan con el sudor del rostro; pero esos, ¡qué hacen desde la mañana á la noche? ¡Es acaso fatigarse estar las horas muertas escribiendo?»

Siempre lo mismo. Para el obrero el trabajo intelectual nada significa, y sólo da el nombre de trabajo al muscular, porque se demuestra á simple vista por medio de una obra material evidente.

El error data de época lejana y se perpetúa de generación en generación; verdad es que el esfuerzo muscular repetido, fatiga; pero el esfuerzo cerebral fatiga también, y entre los dos, el más sano es el primero. El que trabaja al aire libre es muy afortunado.

Algo más dura es la tarea para el que tiene necesidad de pasar horas enteras con el cerebro en perpetua tensión, respirando aire viciado, con el estómago oprimido, por añadidura, y sin más horizonte que el papel blanco por donde corre su pluma.

El obrero es libre en su trabajo; el intelectual está prisionero en su silla; díganlo si no las diferencias que se notan en su aspecto á los cuarenta años. El obrero á esa edad está fuerte y sano; el plumista, encorvado, digiere mal y padece gota ó reuma. Si el obrero llevase esta vida solamente un año, se convencería de que el taller y el obrador son preferibles á la oficina.

El trabajo cerebral gasta antes al hombre que el trabajo muscular; el uno deprime, el otro robustece la salud; además, el abuso muscular se nota en seguida, porque los músculos se niegan á funcionar, no sucediendo lo propio con el abuso del esfuerzo cerebral, pues cuando se quiere moderar, las más de las veces es ya tarde y el organismo entero se resiente. Conviendría, sin embargo, detenerse á tiempo y evitar toda fatiga intelectual. En apoyo de nuestro aserto citaremos lo que con razón dice M. Schofer:

«Toda tensión prolongada de la inteligencia produce el cansancio del cerebro, cuyo cansancio es un fenómeno químico que modifica la composición de la sangre, y por efecto de la circulación perjudica á todos los demás órganos, ejerciendo además una acción general sobre el cuerpo.

Por esta causa los músculos pierden su vigor funcional, no sólo de por sí, sino también porque los impulsos motrices que parten de un cerebro fatigado son cuantitativamente y cualitativamente inferiores á los de un cerebro bien dispuesto.»

Con la fatiga cerebral viene siempre la laxitud muscular. Nada tan fácil de probar como que la laxitud del cerebro repercute en todo el organismo.

La influencia del trabajo cerebral en la sensibilidad cutánea se nota bastante al cabo de una hora de esfuerzo intelectual, y la sensibilidad de la piel se embotaba me-



nos en una hora de trabajo muscular, que después de igual intervalo de contención intelectual, lo cual prueba que el esfuerzo cerebral fatiga más que el otro.

E. DE P.

## Matrícula parroquial

«Bien podía el ecónomo tomar esta tarea por su cuenta y no endosársela a los pobres capellanes. Pero ¡quial para él los momios y para nosotros los señores.

Heme aquí provisto de cuaderno, pluma y tintero de cuerno, dispuesto a ir casa por casa y cuarto por cuarto, recibiendo aquí un desaire, al í una mala contestación, más allá una desvergüenza... En fin, ¡cómo ha de ser! Daremos principio a la tarea por esta casa, que es la primera de mi turno.»

Esto es, sobre poco mas ó menos, lo que dice todo cura á quien por primera vez le envían á hacer matrículas.

He aquí ahora algunos episodios de tan impropia tarea.

—Oiga usted, portera, ¿cuántos inquilinos hay en esta casa?

—Seis, señor cura. El del principal derecha, que es un comandante retirado con dos niñas que van á... ¿cómo demonios se llama esa casa donde aprenden música?

—El Conservatorio, sí; no me dé usted más noticias de los demás inquilinos. Vengo á hacer la matrícula de la parroquia y empezaré por la familia de usted, si no hay inconveniente. ¿Usted es casada?

—¡Ay! no señor; viuda, por desgracia. ¡Si viviera aquel que está comiendo la tierra, no estaría yo en esta portería! ¡Ay, hijo de mi alma! ¡qué manos tenía para ganarlo!

—Bueno, señora, no se aflija usted. Salud para encomendarle á Dios, que yo también lo tendré presente en mis oraciones.

¡Tilín, tilín!

—Pues señor; ó este vecino debe ser sordo, ó no hay nadie en esta casa. Ya van cuatro repiques y nada.

—Eh ¿qué se ocurre?—grita desde dentro una voz áspera.—Para llamar no hace falta romper el alambre de la campanilla.

—Soy un sacerdote adscrito á la parroquia y vengo á hacer la matrícula.

—Hábleme usted más alto, que soy algo corto de oído.

—Que vengo á inscribir á usted en el censo parroquial.

—Bueno, pase usted. Eso nunca está mal para cuando las chicas quieran casarse. Aunque uno no crea en esas cosas... ¡qué demonio! como no cuestan nada...

Y el páter, haciéndose más sordo que el inquilino, toma pacientemente sus apuntes.

—¡Alabado sea Dios!

¡Guau, guau se oye por el pasillo.

—¡Caracoles! ¡Perrito y todo! ¡Ay manitos de mi alma! Señora, yo venía... ¡Si hiciera usted el favor de atar ese perrito!

—Calla, *Pichichi*. ¡No ves que es un ministro del Señor! No tenga usted cuidado; es muy manso, muy noble; no le falta más que hablar. Ya sé á lo que viene usted, señor cura; ya sé á lo que viene usted. Tecla Rota. Para servir á Dios y á usted.»

—A Dios principalmente, señora. ¿Es usted sola?

—Sola con el *Pichichi*, señor cura. ¡Ah! No llame usted en el cuarto de al lado, porque ahí vive un hereje que nunca oye misa; ni en el segundo derecha; son unas... de poco más ó menos. El del centro está desalquilado; el vecino de la izquierda es nuevo; no sé si será buen creyente ó no. Por subir nada se pierde.

—Bueno podía usted haberse ido á reparar á su iglesia y no venir á despertar á mi hijo, que acababa de quedarse dormido después de tres días y tres noches de insomnio.

—Es que en cumplimiento de mi deber...

—¡Qué deber ni qué ocho cuartos! Si no se quita usted pronto de delante, no seré dueño de mí. ¡Portera! ¡portera! No le he dicho á usted que no deje subir ni á mendigos ni curas, y que tenga ojo con los ladrones?

Cuando dan con un vecino de éste ó parecido temple, los matriculadores escapan más que á paso, renegando de sus jefes que tales comisiones les encomiendan.

G. L.

Cogieron unos legos á un muchacho que les quitaba la fruta de la huerta, y la Comunidad llamó al padre al convento para que lo reprendiera.

El padre, que era un pobre labrador, disculpó al hijo como pudo, haciendo resaltar sus malas condiciones, echándole una buena reprimenda, y exclamando por último:

—Ya ven sus mercedes que yo no tengo la culpa. Es torpe, es haragán, no quiere trabajar de ninguna modo. En fin, me tiene ya tan harto, que es lo que yo le digo: «¿Por qué no te metes á fraile?»

## SALUTACION

He aquí la que le endilgan á la virgen María en una revista católica:

«Salve, suavísima Rosa;  
Salve, cándida Cordera;  
Salve, Paloma sincera;  
Salve, Fénix amorosa;  
Salve, Lucero del día;  
Salve, Madre dulce y piá;  
Salve, universal consuelo;  
Salve, Admiración del cielo;  
Salve, en fin, salve María.  
Ave, Fuente de dulzura;  
Ave, delicioso Huerto;  
Ave, pacífico Puerto;  
Ave, Espejo de Hermosura;  
Ave, en todo instantes pura;  
Ave, cielo en que Dios cabe;  
Ave, del paraíso Llave;  
Ave, lista Dios remontada;  
Ave, del mundo Abogada;  
Ave, María, ave y ave.»

FR. ANTONIO PANES,  
Franciscano.

¿No les parece á ustedes que ese frailecillo hubiera cambiado todas las aves que enumera por una de corral bien cebada, para engullírsela con dos ó tres ejemplares de su apellido, Panes?

Fué al tribunal de la penitencia el hijo de un labrador y le dijo al confesor:

—Padre, yo soy medio tonto, y por eso mis pecados son menos graves.

—Bien, hijo, bien. Y dime ¿que es lo que más atormenta tu conciencia?

—Padre, una vez me quedé á dormir en la era de casa, y por ser medio tonto y sin malicia, pasé la noche entretenido en traer á la nuestra sicos de trigo de la era vecina.

—Dí, hijo, y si eso lo hacías sin malicia y por ser medio tonto, ¿por qué no llevabas el trigo de tu era á la del vecino?

—¡Toma! Porque eso hubiera sido ser tonto del todo.

## Un milagro comprensible

En un pueblo de regular importancia había una iglesia parroquial con rector y vicario. El rector era un vivo que lo pasaba muy bien, y el vicario un santo varón lleno de fé, que no tenía nunca un céntimo.

Un día, estando el último en la puerta de la iglesia, pasó un pobre.

—¡Una limosna por amor de Dios.

—El le ampare.

—Mire si tiene algún centimito...

—No, buen hombre; soy tan pobre como usted. Pase cuando esté el señor rector.

—Repase los bolsillos: á veces Nuestro Señor obra milagros. Usted, que tiene tan buen corazón, mire á ver si le queda escondida una pequeña moneda.

—Le repito que no; no tengo nunca dinero.

—Mírelo... A veces... un milagro...

El vicario, por satisfacer al pedigueño, vació los bolsillos de la sotana y... cling... cata cling... cata cling... empezaron á caer y rodar duros.

Los dos quedaron sorprendidos de admiración y espanto.

Realmente aquello no podía ser otra cosa que un milagro. Dios quería que el bondadoso sacerdote practicase la caridad y le hacía nacer los duros en los bolsillos.

El vicario, radiante de gozo, dió uno de ellos al pobre, y llamando á otros que pasaban por la calle, los repartió todos.

El pueblo en masa, al enterarse, acudió á la iglesia; las mujeres lloraban de emoción; los hombres besaban al vicario la sotana. Y él, en acción de gracias, se puso el roquete y la estola, y celebró una misa solemne en el altar mayor.

En aquel momento llegó el rector, que había ido á la feria de una villa próxima.

—¿Qué es esto? ¿Á qué vienen tantas luces y tanta gente?

Entonces el vicario, temblando todavía de emoción, le explicó el milagro de los duros.

—¿Milagro?... interrumpió el rector. Lo que ha de hacer usted otra vez, es no equivocarse de sotana; así no dará á los pobres lo que no es suyo.

Y entre dientes y fuera de sí, añadió: —¡Me ha arreglado!... ¡Treinta duros que había destinado yo para comprar este año el cerdo!

## Reflexiones solanescas

Juro, á fuer de clérigo que soy, que de algún tiempo á esta parte no sé lo que me pasa. Como que tengo ya sesenta y cuatro y pico y no he visto nunca lo que estoy viendo ahora.

Ayer, sin ir más lejos, me encontré á un



antiguo compañero, quien al verme exclamó: «¡Ay! amigo Sinapismo, el oficio está perdido; de nueve cristianos que han estado la pata en mi pueblo ultimamente, siete han sido enterados por lo civil; de modo que casi no he ganado un cuarto.»

Y días pasados, una muchacha con trazas de gitana, se atrevió a decirme: «¡Ay el parecito, que paese un baul con patas!» Y eso que yo no est. y tan gordo; pero poco más de once arrabas.

Pero señor, me pregunto a mí mismo a cada momento: ¿Es esta España aquel pueblo en que tanto nos respetaban y nos llevaban en andas a los curas? ¿En qué consiste tan lamentable mudanza?

Antes les decía usted a los españoles: «ayer se me apareció San Ramón Nonnato vestido de picador de toros», y se lo criaban a pies juntillas; ó bien: «esta mañana un carro ha partido en dos al tio Tegio, pero llegó Fray F. malla, que hace milagros, pegó un ticozo con otro, y el Tegio resucitó, y tan contento, que se puso a bailar el vito»; ó aunque fuese: «aquí al lado acaba de nacer una niña que dice la doctrina y canta la salve con la música de la jota aragonesa y ha hecho hablar en latín a un par de calcetines», y también se lo tragaban. Pero ahora... ahora habla usted del Purgatorio y se escaman enseguida; y hasta hay quien se le rie a uno en las barbas.

A mí nadie me quita de la cabeza que esto consiste en los periódicos. Yo no leo ninguno, pero dicen que algunos de ellos nos sueltan cada pulla... sobre todo, uno que llaman EL MOTIN. Vamos, que no nos pueden ver a los pobres clérigos, y eso que somos tan inofensivos. Por lo menos yo no me meto con nadie; yo, en teniendo mi casa abrigadita y cómoda, mis tres comidas, con el tente en pie a las once y la merienda a la oración, mi tabaquito, mi cama calentita en invierno y mi Colasa para que me cuide, ya estoy contento, bendito sea Dios.

Y no es más sino que como nosotros defendemos la religión y los santos misterios... y esos misterios no pueden ó no quieren comprenderlos y respetarlos los hombres del día...

Y cuidado que son cosas sencillas.

Se dice, por ejemplo: «¿No es indudable que Jesús vino a redimirnos? Luego es cierto que don Jaime deb. ser rey de España. ¿No sabemos que la virgen María fue concebida sin mancha, sine mácula? Luego las aguas de Lourdes curan las malas digestiones. ¿No fué Moisés quien pasó el mar a pie enjuto? Luego el que come chuletas en semana santa se va al infierno derecho. ¿No es seguro que a Cristo le dieron azotes? Luego hay que pagar diezmos y primicias. Pues nada, estas conclusiones tan naturales, estas verdades no caben ya en la cabeza de los pecadores.

Ahora todo se les vuelve romperse los cascos para averiguar una porción de cosas que nada le importan a uno, y dárseles de sabios, y decir que todos somos iguales y que todos debemos trabajar.

¡Que barbaridad! Que trabajen ellos, muy bueno y muy santo, porque así cumplen el mandato divino; ¡pero nosotros?... Si nosotros nos pusieramos a trabajar, ¿quién cuidaría de la salvación de las almas? ¡Jesús! casi todas irían al infierno; ¡pobrecitas!

Y además, pues ¿no trabajamos los curas? Canasta, pues si yo no paro. La misa, que tengo que decir la tempranito; la superiora de la Encarnación, que quiere consultar con el Padre; la beata *doña Simplicia*, que quiere verlo y que la con-

fiese; la señora Cayetana, que ha de hacer conmigo una novena; la hija de doña Gertrudis, que ha reñido con su esposo a causa de su primo, y que vaya yo a aquietar al marido; la Rita Calores, que le he de bautizar al chico, porque usted es el padre de mis niños; el... ¡qué sé yo! mil engorros que no le dejan a uno descansar. Y luego...

Vamos, que con tanto cavar me he calentado la cabeza, y tengo así... unas fatigas... Voy a la cocina a ver si Colasa me da un bocadillo; medio pollo... cualquier cosa.

FRAY SINAPISMO

## Quisicosas clericales

Señor cura, yo amo a Pura, una hermosa criatura, una linda modistilla que vive de la costura en la calle de Sevilla.

—Eso no es ningún pecado. Mil veces he consultado a severos moralistas y ninguno ha censurado el tener novias modistas.

—Pero ¡ay padre!, con perdón de su gran erudición, una mujer semejante es una gran tentación que se ofrece a cada instante.

Figúrese una morena que es toda una moza buena, de tez blanca y labios rojos, con dos luceros por ojos que a un triste quitan la pena, y... ¡Oh joven! Puedes marcharte. ¿Es que quieres guasearte con alevosa perfidia? ¿Tú vienes a confesarte, ó vienes a darme envidia?

Confesó un cura a una joven á dos, tres, á cuatro, á cinco, y todas ellas al padre sudar hicieron el quillo; y al ir al relato *sexto* la sexta á darle principio con ayes y con suspiros y con diversos remilgos, el confesor repetía: «Pues dos cuartos... de lo mismo.»

Con su señor D. José, cura propio de Pastrana, riñó Irene ayer mañana y hoy de su casa se fué. Por tanta desventura enferma se encuentra Irene, y al preguntarle qué tiene, contesta: — ¡No tengo cural

Se acabó de confesar la sobrina del vicario, y empezó contaba á orar al pie del confesonario. Y aún el padre repetía: «La castidad te interesa», á tiempo que ella decía: «¡Me pesa, Señor, me pesa!»

—Si nos obliga á ayunar á los veintidós años Dios, ¿por qué no ayunas, Gaspar? —Porque tengo veintidós.

Al arreglar un altar el monaguillo Severo,

dió un trastazo á un candelero y al suelo lo echó á rodar.

El sacristán que lo vió, con gesto huraño y sombrío dijo el monag: — ¡Hijo mío, también sé hacer eso yo.

No logró descomponer al chico, que en tono grave le respondió: — ¡Sí, lo sabe porque me lo ha visto hacer.

Decíale un padre á un hijo: —Eres muy pillo ó muy bruto; llevo un dineral gastado y aun no cantas misa, B. uno.

— Padre, bien pronto lo haré, y tan bien he de cantarla, que puedo decir á usted que ya sé... tararearla.

Una beata ofreció á Santa Agueda sus pechos, que entre dos platos mandó; la santa que los tomó con ademanes deshechos, dijo: ¿qué es lo que me dan? Arrojadélos á los gatos. — ¡Y para qué lo querrán, le contestó el sacristán, si esto es... nada entre dos platos?

### AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES

#### PARA AYUDAR Á EL MOTIN

Modesto Serrano, Más de las Matas, 2 pesetas. Idefonso Martínez, Tauste, 4; Martín Granada, Málaga, 4;

## CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Montoro.—Julio Poblete. Renovada su suscripción á fin Enero 1922.

Más de las Matas.—Modesto Serrano. Idem á fin Mayo 1922.

Puerto de Masarón.—Francisco J. Hernández. Id. á fin Noviembre 1921.

Vilarrodona.—Juan Castell. Id. á fin Mayo 1922.

Castro del Río.—Francisco Villatoro. Idem á fin Marzo 1922.

Tauste.—Idefonso Martínez. Id. á fin Mayo 1922.

Vegadeo.—Daniel Vargas. Id. á fin Mayo 1922.

Barcelona.—José Barberá. Id. á fin Mayo 1922.

Magacela.—Eustaquio Chamizo. Id. á fin Diciembre 1921.

Valle de Santa Ana.—José Corbacho. Idem á fin Diciembre 1921.

Añora.—León Fernández. Id. á fin Diciembre 1921.

Chiclana.—Crescencio Gutiérrez. Id. á fin Diciembre 1921.

Ferrol.—Jacinto Alvarez. Id. á fin Diciembre 1921.

Segovia.—V. Arévalo. Id. á fin Diciembre 1921.

Algeciras.—José Trelles. Recibido su Giro de 12 pesetas. Confirme.

Port Bou. José Mont. Id. de 15 á cuenta.

Utrera.—Enriqueta González. Id. de 3. Confirme.

Gibraleón.—M. García. Id. de 10 Confirme.

## Asuntos diversos

por

JOSE NAKENS—DOS pesetas

Imp. Juan Pérez.—Paseo de Valdecilla, 2.—Madrid.